

La Justificación por la Fe y el Mensaje a Laodicea*

Por: Héctor A. Delgado

En esta sección analizaremos las implicaciones de la Justificación por la Fe en el contexto del mensaje a la iglesia de Laodicea. Este pasaje debiera ser profundamente estudiado por todo cristiano sincero, pues en él está contenido el mensaje de Dios para este tiempo. El estudio detenido de esta parte del Apocalipsis puede crear las condiciones necesarias para un *reavivamiento* y una *reforma* en las filas del pueblo de Dios. A medida que avanzamos en el estudio de esta sección podremos apreciar la urgente necesidad de estudiar cada vez más de cerca las Escrituras. Al mismo tiempo, nos daremos cuenta como sus mensajes son nuevos a cada mañana al igual que las tiernas misericordias divinas (Lam. 3:22-23).

Se ha reconocido ampliamente que cada uno de los mensajes a las siete iglesias, si bien tuvieron su importancia *local e histórica* son a la vez *simbólicos o representativos* de siete etapas o períodos que viviría la iglesia de Dios en el transcurso del tiempo. Desde esta óptica se entiende y acepta que Laodicea, la séptima y última iglesia, *representa el último período eclesiástico que vivirá el pueblo de Dios antes del retorno de Cristo a la tierra*. Este mensaje no revela nada de que gloriarse, pues los miembros de la iglesia de Laodicea son sorprendidos por el “Testigo Fiel y Verdadero” en una condición espiritual deprimente. La patética indiferencia de este cuerpo de creyentes hacia las cosas espirituales se plasma en un estado de tibieza que produce náuseas al Hijo de Dios. Veamos de inmediato algunas cosas en detalle que aparecen en la introducción de la carta.

“El Amén”

Este término es una reminiscencia de Isa. 65:16. En este versículo “el Amén” es usado como nombre de Dios. Cristo va a hablar al ángel de la iglesia de Laodicea con la autoridad de la divinidad. El Amén es uno de los nombres que Cristo asume para hablarle a los laodicenses sobre su problemática espiritual.

“El Testigo Fiel y Verdadero”

Por la manera en la que Juan aplica este título a Jesús parece ser que era un término familiar para él. Es probable que tuviera su origen en el siguiente relato bíblico:

“Los fariseos le dijeron: Tu das testimonio acerca de ti mismo; tu testimonio no es verdadero. Respondió Jesús y les dijo: Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo ni a dónde voy. Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie. Y si yo juzgo mi juicio es verdadero; porque no soy yo solo sino yo y el Padre que me envió. Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que da testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da también testimonio de mí” (Juan 8:14-18).

De esta conversación de Cristo con los fariseos se desprende que fue Él mismo quien se denominó Testigo Fiel y Verdadero de la voluntad del Padre para los hombres. El Padre es también un Testigo veraz junto a Cristo. Jehovah no miente y la verdad mora con Él (Deut. 32:4). Parece ser que esta conversación impresionó profundamente la mente de Juan, pues él la usa repetidas veces en relación con Cristo y el Padre en el Apocalipsis (cf. Apoc. 1:5; 19:11; 22:6).

“El Principio de la Creación de Dios”

Esta expresión ha causado muchos desacuerdos dentro de los cristianos, pues algunos la han visto como una declaración de que Cristo es el primer ser que Dios creó. Sin embargo, el pasaje no dice “el principio de la creación hecha por Dios” sino que dice literalmente: “el origen de la creación de Dios”. La Biblia es clara al decir que Cristo no es parte integral de la creación, sino que Él es el Creador de todo cuanto existe (Juan 1:3; Col. 1:16). Él es el “origen” de donde brota la creación, donde tuvo comienzo todo cuanto hoy existe. Todo fue creado por Él y para Él, y sin Él todo lo que existe no existiera (Heb. 1:3).

La frase “el principio de la creación de Dios” es otra manera de hablar de Cristo como el Creador del cielo y de la tierra. Esta designación es usada como *nombre* en este pasaje. El mismo contexto del mensaje a la iglesia de Laodicea exige esta conclusión, pues a una iglesia que posee una problemática espiritual tan profunda, ¿de qué sirve que le digan que Cristo es un ser creado? ¿En qué puede ayudar? Pero si esta declaración denota a Cristo como el Creador, entonces sí se vislumbra una solución. Cristo entonces le está diciendo a Laodicea, “Mira, el Amén, el Dios veraz, el Testigo Fiel, el que no miente y habla siempre la verdad, el Creador del mundo te va a hablar. Por favor, escucha: Yo puedo crear en ti un nuevo corazón, puedo ordenar tu vida si está hecha un caos, y tengo el poder de resolver todos tus problemas”. “El que tiene oído para oír, que escuche lo que el Espíritu dice a las Iglesias” (vers. 22).

Un mensaje tal merece ser escuchado por todo cristiano sincero y necesitado de la gracia vivificadora y transformadora de Dios. Ya fuera del saludo inicial el mensaje en sí mismo está lleno de profundo significado. Veamos:

Autojustificación y pecado oculto

Según el pronóstico de Cristo al ángel de la iglesia, hay dos cosas que le impiden salir del estado nauseabundo de tibieza en el que se encuentra. La autojustificación de su pecado, pues siendo pobre, desventurado, ciego y estando desnudo, se cree rico y sin necesidad de nada. La problemática del pecado oculto es otra de las dificultades que Dios enfrenta al tratar con su pueblo. El ángel de Laodicea está pereciendo bajo el manto escabroso del yo, y “no lo sabe”. Lo peor de todo es que su mal es el mal de la iglesia. Puesto que de los líderes del Señor sale la instrucción (Mal. 2:7), se concluye que, “tal cual es el líder, así es el pueblo”. Pero Dios revela por diferentes medios el pecado de sus siervos en procura de que cuando estos se percaten de su debilidad e indignidad se refugien en Él en busca de una solución efectiva. Nadie escapará de una revelación patente de sus pecados (cf. Sal. 90:8; 19:12; Job 42:2). En este contexto el Espíritu de Profecía nos dice:

“Dios conduce a su pueblo paso a paso. Coloca a sus seguidores en diferentes situaciones a fin de que se manifieste lo que hay en el corazón. Algunos soportan algunas pruebas, pero fracasan en otras. A medida que se avanza en este proceso, el corazón es probado un poco más severamente. Si los que profesan ser hijos de Dios, encuentran que su corazón se opone a esta obra directa, deben convencerse de que tienen que hacer algo para vencer, si no quieren ser vomitados de la boca del Señor.

“Dijo el ángel: ‘Dios irá probando cada vez más de cerca a cada uno de sus hijos’. Algunos están dispuestos a aceptar un punto; pero cuando Dios lo prueba en otro, lo rehuyen y retroceden, porque hierne directamente algún ídolo suyo. Así tienen oportunidad de ver lo que hay en el corazón que los aísla de Jesús. Hay algo que aprecian más que la verdad y su corazón no está preparado para recibir a Jesús. Los individuos son probados cierto tiempo para ver si quieren sacrificar sus ídolos y escuchar el consejo del Testigo Fiel. Si alguno no quiere ser purificado por la obediencia de la verdad, y vencer su egoísmo, su orgullo y malas pasiones, los ángeles de Dios reciben este encargo: ‘se han unido a sus ídolos, dejadlos’, y prosiguen con su obra, dejando en mano de los malos ángeles a aquellos que no han subyugado sus rasgos pecaminosos. Los que resisten en cada punto, que soportan cada prueba y vencen, a cualquier precio que sea, han escuchado el mensaje del Testigo Fiel y recibirán la lluvia tardía y estarán preparados para la traslación...”.¹

¹ Elena de White, *Joyas de los testimonios*, tomo I, pp. 65-66.

Dios se propone revelarnos todo pecado oculto a nuestros ojos, y aunque esto constituya una experiencia dolorosa, debe suceder, de lo contrario estaremos perdidos. Cuando se desate la crisis final muchos que parecían cristianos genuinos verán que no son más que hojarasca que el viento esparce por dondequiera. No estaban afirmados sobre la Roca de los siglos y pasarán a engrosar las filas de la oposición. La crisis revelará nuestro carácter y quiénes somos en realidad.

La Necesidad es Grande

Cristo hace saber, en su misericordia, que el ángel de la iglesia necesita comprar “oro refinado en fuego” para que pueda ser verdaderamente rico y vestiduras blancas para que cubra la “vergüenza de su desnudez”. Además le propone untar colirio en sus ojos para que pueda ver realmente su patética situación delante de Dios. Sin estas gracias divinas todo está perdido.

Remedio Divinamente Señalado

Conociendo la situación desesperada de los laodicenses Cristo llega a decir que está a punto de castigarlos para que se enmienden, pero les dice que es por amor. Luego les recuerda que Él aún está a la puerta esperando ser recibido como huésped divino. Finalmente les dice que se arrepientan de sus malos caminos y se vuelvan a Dios. *El camino que conduce al cielo cruza por la senda del arrepentimiento, y no hay manera de evadirla si se desea llegar allí.*

Relacionemos ahora esta interesante narración apocalíptica con el relato del Génesis sobre la caída de nuestros primeros padres, y la solución que Dios les proveyó. Creemos que hay algunas similitudes entre ambos pasajes que son dignas de consideración. Veamos:

CUANDO DIOS CREÓ a Adán y a Eva los puso en el jardín del Edén. En aquel lugar paradisíaco podrían haber vivido felices por toda la eternidad si hubieran mantenido una relación de obediencia perfecta con Dios. Pero el pecado hizo su terrible aparición. Todo cambió, y ahora encontramos al hombre y a la mujer *escondiéndose* de la presencia de Dios llenos de *miedo* “entre los árboles del huerto” (Gen. 3:8,10). Lo que antes constituía una alegría para la pareja edénica pasó a ser algo indeseado: el gozo de la presencia de Dios. De una vida llena de gozo pasaron a estar sumidos en la desesperación y el sentido de culpabilidad. De la paz que implicaba servir a Dios y estar en armonía con Él, pasaron a un estado de autojustificación que los llevaba a ver en cada uno de ellos (y en Dios) el culpable de sus *propias* malas elecciones (Gén. 3:11-13).

De manera similar, cuando Dios hizo surgir la iglesia remanente la dotó de la luz y el conocimiento necesarios para que fuera una luminaria en este mundo de tinieblas. Le tocó ser la heredera de miles de años de revelación de las verdades de Dios en el transcurso de la historia. Pero su vida no corresponde con las bendiciones recibidas. Ahora Dios es enfrentado por ella en el pantanoso terreno de la autojustificación. Antes era para el remanente un gozo saber que Dios los bendecía y les daba luz, ahora ya no valora como antes estas bendiciones de su gracia y se engríe contra su Hacedor. No parece discernir que todo lo que es y posee es fruto de la gracia divina de su Señor.

El mensaje a la iglesia de Laodicea revela que el remanente final está envuelto en un gran engaño. Comenzaron bien, pero muchas cosas han cambiado radicalmente. Se cree rico en doctrina y experiencia y *no sabe* (y es el colmo de todo) que es totalmente lo contrario: Pobre, ciego, desventurado, miserable y peor aun, está desnudo al no poseer el “manto” de la justicia de Cristo. El que no puede mentir es quien lo dice.

CUANDO ADÁN Y EVA desobedecieron el mandato divino no fueron dejados ni abandonados por Dios. Él vino a ellos y les reveló su maravilloso Plan de Salvación. Originalmente Adán y Eva estaban “desnudos”, los cubría un manto de luz que reflejaba la inocencia y pureza de su carácter, su semejanza con Dios. Por lo tanto, no tenían de que avergonzarse el uno del otro (Gén. 2:25). Pero la desobediencia hizo que desapareciera este manto de luz y la vergüenza del uno hacia el otro también apareció. Para solucionar este problema y antes de que Dios viniera como de costumbre a reunirse con ellos, se hicieron unos delantales o “ceñidores” (BJ) de hojas de higueras y se cubrieron (Gén. 3:7, literalmente “cintas para ceñirse”). Con esto pensaron resolver el problema de su desnudez.

En el momento en que Dios vino al Edén los encontró cubiertos con estos ceñidores. Pero no vio en ellos una solución adecuada para su desnudez, por eso “Jehovah hizo al hombre y a la mujer túnicas de piel y los vistió” (Gén. 3:21). Esta fue la solución adecuada. Esta vestimenta, como estudiamos en la **Sección I** representa el “manto” perfecto de la justicia de Cristo con el que Dios nos cubre cuando

somos justificados por la fe (Isa. 61:10). A la vista de Dios (y es el testimonio unánime de las Escrituras) el hombre caído no puede hacer absolutamente nada para resolver el problema del pecado por sus propias fuerzas, excepto una cosa: *aceptar* y *recibir* en su corazón el don de la salvación *en Cristo*. Dios no puede elegir por él, esta es su responsabilidad. Puede ser humillante para nuestro egocéntrico corazón, pero es la manera que Dios ha elegido para reconciliarnos con Él. Recuerde, es por fe y sólo “por fe de principio a fin” (Rom. 1:16-17, NVI, cf. Gál 2:16).

De manera similar, el ángel de la iglesia de Laodicea es encontrado “desnudo” por el Testigo Fiel y verdadero. Por esto se le recomienda: “Te aconsejo que me compres... vestidos blancos para que te cubras, y no quede al descubierto la vergüenza de tu desnudez” (BJ). En ambos casos tenemos desnudez y vestimentas. Pero en ambos relatos, si bien existe un paralelismo asombroso también existe una diferencia interesante. Por ejemplo, se puede notar que en el Génesis Dios provee el atuendo y viste personalmente al hombre sin que este tenga que “comprarla”. Pero al ángel de Laodicea Dios le dice: “Te aconsejo que me compres...”. ¿Por qué esta diferencia? ¿No es gratuita la salvación? ¿Qué hace que sea diferente ahora? Pienso que se debe a la siguiente razón: En el Edén nuestros primeros padres no tuvieron el privilegio de obtener una revelación amplia y completa del amor y la benevolencia de Dios hacia ellos. No pudieron conocer plenamente el carácter de Dios en la misma magnitud que lo hicieron los ángeles rebeldes. No importa el tiempo que transcurrió entre la creación y la caída, no fue tiempo suficiente para que ellos conocieran a plenitud el carácter de Dios. Dios tuvo una consideración especial hacia ellos basada en su amor incondicional y le dio una segunda oportunidad.

Pero el caso de la iglesia de Laodicea es diferente, como iglesia es muy privilegiada, sobre ella descansa la manifestación de más de seis mil años de revelación de la voluntad divina. Esto constituye la mayor responsabilidad de todos los tiempos. Tener luz es un gran privilegio, pero es una responsabilidad de proporciones enormes. El cúmulo de experiencias palpadas, vividas y obtenidas por el pueblo remanente los coloca en una situación sumamente delicada ante su Hacedor. Está en el deber de vivir a la altura de la luz que tiene y de actuar con mayor madurez. Pero desgraciadamente el pueblo es encontrado envuelto en la mayor crisis espiritual de todos los tiempos. Está atrapado en la misma arena movediza de la autojustificación en la que fueron encontrados nuestros primeros padres en el Edén. Se niega a avanzar en la experiencia de la luz y el conocimiento de la verdad que posee. Tiene todo a su favor y vive de forma “desventurada” y “miserable”. Vive en medio de una ceguera voluntaria que causa *nauseas* al Hijo de Dios mientras tiene el mayor cúmulo de luz que jamás brilló sobre pueblo alguno. Por todos estos males en los que se encuentra atrapado es que tiene que “comprar” el remedio divinamente señalado. *Comprar* no significa ganar la salvación por mérito propio, esto es imposible para el ser humano y Dios lo sabe; *comprar* significa que debe pagar el precio de la humillación, debe reconocer su pecado, debe elegir morir definitivamente al yo que está entronizado donde debiera estar el Espíritu Santo. Esta es la razón por la que se nos ha dicho que los “que viven para el yo están clasificados a la cabeza de la iglesia de Laodicea”.² Y una vez más se nos dice: “Aquellos a quienes Cristo amonesta tienen algunas cualidades excelentes; pero son neutralizadas por todos los que tienen un amor al yo enfermizo, autoengaño y autojustificación...”.³

En un lenguaje similar al usado por el Testigo Fiel, se refirió el profeta Isaías a la nación hebrea cuando le dijo: “A todos los sedientos: Venid a las aguas; y a los que no tienen dinero: Venid y comprad y comed. [Y como si hubieren quedado atónitos por el extraño consejo les repite]: Sí, venid y comprad, sin dinero y sin precio, vino y leche” (Isa. 55:1). Esta extraña paradoja de comprar “sin dinero” refleja que hay un precio que pagar si se desea obtener las bendiciones divinas. Aunque la salvación es gratuita, hay un precio a pagar por toda alma que anhela compartir la eternidad con el Manso y Humilde: *la muerte al yo*. Y esto sólo será posible si llegamos al punto de la entrega total de nuestra pobre alma al Señor. Entonces, el amor al mundo, a las modas (que no refleja más que el orgullo interior de nuestra alma enferma), el amor a los placeres y a la vanidad, serán cosas del pasado. En la siguiente cita podemos comprobar directamente cómo es posible “comprar” las mercancías celestiales que necesitamos:

“Renunciando a tu suficiencia propia, abandonando todas las cosas, no importa cuán queridas te sean, puedes comprar el oro, las vestiduras y el colirio para que puedas ver”.⁴

² -----, *Manuscrito*, 61, 1898.

³ -----, *Manuscrito* 108, 1899.

⁴ -----, *Review and Herald*, 23-11-1897.

Una contemplación genuina de Cristo y Cristo crucificado puede romper el hechizo del pecado sobre nuestra mente. Mira como dice la Palabra: “El amor de Cristo nos constriñe, pensado en esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, [el resultado inevitable entonces es este:] para que los que viven [gracias a su muerte] ya no vivan para sí [egoístamente], sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Cor. 5:14-15, cf. Gál. 2:20). Esta es genuina Justificación por la Fe en la práctica. El poder de la cruz y el Evangelio es grande y todo suficiente para motivar a los cristianos a vivir una vida cristocéntrica y hacer morir el egoísmo (Rom. 1:16-17; 1 Cor. 1:18; 2:1-2). Tener verdadera fe es vivir una vida centrada en Cristo poniendo a un lado en el diario vivir las acciones egoístas.

EN EL RELATO del Génesis se destaca como ya vimos el acto divino de vestir al hombre para cubrir su desnudez, y esto fue posible sólo porque un animal inocente fue sacrificado. De este momento el Espíritu de Profecía nos dice:

“Para Adán el ofrecimiento del primer sacrificio fue una ceremonia muy dolorosa. Tuvo que alzar la mano para quitar una vida que sólo Dios podía dar... mientras mataba a la inocente víctima temblaba al pensar que su pecado haría derramar la sangre del immaculado Cordero de Dios”.⁵

Podemos ver que el ofrecimiento del primer sacrificio causó profundo dolor al corazón de Adán, pues pudo apreciar y ver en ese cruento sacrificio la futura muerte del verdadero Cordero de Dios (cf. Juan 1:29). De esta parte de nuestro relato podemos extraer lecciones maravillosas. Algunos sinceros cristianos preocupados por la deplorable tibieza de la iglesia y ante su *aparente* caída espiritual (“la iglesia parecerá que cae, pero no caerá”), no logran entender cómo puede producirse un cambio radical en el actual estado de cosas. Creo que en esta parte de nuestro análisis tenemos la respuesta.

Cuando nuestros primeros padres fueron compungidos por la demostración del amor de Dios al proveerle una solución para su pecado y al recibir una ilustración gráfica de cómo se realizaría el maravilloso rescate, fueron reconquistados por el amor divino. La “enemistad” prometida (Gén. 3:15) fue implantada en sus corazones (véase la **Sección XV**). La esperanza hizo su aparición y el futuro se tornó prometedor.

Según la Palabra eterna de Dios, el corazón de Laodicea será conquistado por el amor divino de la manera que Oseas con su amor incondicional ganó el corazón de su esposa infiel. Cuando el Evangelio de la gracia que nos ha sido dado sea restaurado a su pureza original en el seno de la iglesia remanente, el reavivamiento tan largamente esperado no se hará esperar más. El pueblo de Dios tendrá entonces una visión clara del Crucificado (2 Cor. 5:14-15); sus ojos verán a Quién es que realmente sus pecados traspasaron (Zac. 12:10, cf. Heb. 6:6). Entonces el *arrepentimiento corporativo* del pueblo será una realidad asombrosa y maravillosa. “En aquel día habrá un gran llanto en Jerusalén... y la tierra se lamentará, cada linaje aparte; los descendientes de la casa de David por sí..., todos los otros linajes cada uno por sí” (Zac. 12:11-12). Entonces “habrá un manantial abierto para la casa de David (los dirigentes que respondieron al llamado de Cristo) y para los habitantes de Jerusalén (los miembros del pueblo que también respondieron)”. Este manantial será “para la purificación del pecado y de la inmundicia” (Zac. 13:1, cf. vers. 8-9). Esta extraordinaria obra de purificación será el resultado de haber experimentado la genuina justificación y santificación por la fe. Así se consumará la maravillosa obra de nuestro gran Sumo sacerdote en el Lugar Santísimo del Santuario celestial de donde procede toda bendición (Mal. 3:1-3).

DESPUÉS DE LA CAÍDA en el pecado fue necesario tomar algunas medidas correctivas para evitar un mal peor. Dios les hizo claro a Adán y a Eva las consecuencias inmediatas de su desobediencia (Gén. 3:14-20) y los sacó de su morada edénica (Gén. 3:22-23). Así evitaba Dios la perpetuidad del pecado en toda la familia humana y consecuentemente su “enemistad” en contra de un Dios justo y misericordioso. Pero se le permitió al hombre mirar desde lejos la morada de su inocencia, pues durante algún tiempo el jardín del Edén estuvo sobre la tierra (cf. Gén. 4:16). En la puerta de entrada al Edén ofrecían los hijos de Dios sus ofrendas y sacrificios. El Espíritu de Profecía nos dice que “en la puerta del

⁵ -----, *Patriarcas y Profetas*, p. 54.

paraíso, custodiada por querubines, se revelaba la gloria divina. Allí renovaban sus votos de obediencia a aquella Ley cuya transgresión los había arrojado del Edén”.⁶

También aquí encontramos relación entre los dos relatos que estamos considerando. Laodicea es confrontada con la disciplina divina: Hay un mal que corregir y debe hacerse antes de que cosas peores sucedan. “Yo reprendo y corrijo a todos los que amo, sé, pues, celoso, y arrepíentete” (vers. 19). ¿La advertencia?: “Por tanto, como no eres ni frío ni caliente, sino tibio, estoy por vomitarte de mi boca” (NVI).

El lugar de reunión y encuentro para renovar los votos que tenían los hijos de Dios en la antigüedad era la “puerta del Edén”. Allí debían ir los fieles y arreglar las “cuentas” que tenían con Dios por sus transgresiones a su santa Ley (cf. Isa. 1:18). De manera similar, Cristo dice a los laodicenses: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo...” Este dramático pasaje revela en forma patente la tierna disposición de Cristo de entrar en una relación pactual con su pueblo remanente. Cuán fervientemente anhela Él que su pueblo renueve su pacto de fe y obediencia con Él como fuera concertado al principio. Cuando una renovación tal tenga lugar será curada la profunda herida que el pecado ha abierto. Tendrá entonces fiel cumplimiento la profecía de Zac. 12:10-13:2.

El llamado de Cristo al arrepentimiento y a entrar en una relación de pacto duradera con Él debe ser escuchado urgentemente. Debe haber una respuesta sincera y pronta por parte de los dirigentes y miembros de la iglesia. Este urgente y decidido llamado revela además que la puerta de la misericordia no se ha cerrado todavía, que aunque los vientos de persecución y crisis ya se ven venir, hay tiempo aún para recibir el maravilloso don del arrepentimiento. Vea en la siguiente página una comparación de los detalles que hemos analizados.

La Promesa al Vencedor

El privilegio de los laodicenses es grande, les espera un glorioso futuro: sentarse con Cristo en su trono y reinar con Él por la eternidad. Pero antes deben enfrentar un duro conflicto con el pecado, la carne, el mundo y el Diablo. Están sirviendo de alguna manera a estos enemigos, pues están en una etapa crítica de indecisión e incertidumbre. Hay *apatía*, *indiferencia* y *neutralidad* que corrompe el alma. Es necesario que se les recuerde que ellos surgieron para vencer sobre las potestades de las tinieblas, que el futuro es glorioso, que es hora de levantarse del sueño que corrompe. El trono donde se sentarán los laodicenses victoriosos sobre la neutralidad recalitrante es el trono del Padre, donde Cristo está sentado como vencedor. Esto implica que compartirán con Cristo su dominio y señorío durante los mil años mencionados en Apoc. 20:4 (cf. Apoc. 2:26-27).

EN EL GENESIS

EN EL APOCALIPSIS

La primera conversación Creador - criatura caída

La última conversación Creador - criatura caída

Pecado de autojustificación

Pecado de autojustificación

Desnudez

Desnudez

Sacrificio

Sacrificio

Vestimenta

Vestimenta

Disciplina divina por amor

“Reprendo y castigo a los que amo”

Lugar de reunión (frente a la puerta del Edén)

Lugar de reunión (“he aquí yo estoy a la puerta y llamo”)

Arrepentimiento y reconciliación

Arrepentimiento y reconciliación

⁶ -----, *Patriarcas y Profetas*, pp. 46-47.

* * * * *

Antes de concluir queremos hacer algunas observaciones en lo referente al triunfo final de la iglesia de Laodicea. A medida que el tiempo avanza son cada vez más las voces que se levantan para denunciar la caída de la iglesia de Dios. Ven en la advertencia de Cristo “te vomitaré de mi boca” una *sentencia* definitiva; como una especie de profecía del fracaso del actual pueblo de Dios. Estos predicadores *disgustados*, reformadores *apresurados* se agachan detrás de un montón de citas ya *gastadas* del Espíritu de Profecía que a primera vista parecen favorecer su posición. Lo peor de todo es que estas observaciones son hechas desde un terreno de *insensibilidad* en el que no vale ningún tipo de razonamiento que los empuje en sentido contrario.

Pero no podemos compartir este razonamiento, pues no se ajusta a una interpretación sensata del mensaje a Laodicea. Además, ignora algunas evidencias irrefutables de la misma Palabra y del Don Profético relacionadas al triunfo final y glorioso de esta iglesia. Si bien el mensaje a la iglesia de Laodicea es un mensaje fuerte y decidido, no está destinado a causar desánimo y mucho menos condenación. Y aunque muchos lo han hecho parecer como un mensaje condenatorio, no es así. La expresión “te vomitarte de mi boca” es mejor traducida del original griego como “estoy por vomitarte de mi boca”. Desde esta perspectiva, lo que puede ser visto como una *sentencia* inevitable, puede ser entendido como una *advertencia* y un *llamado* al arrepentimiento. Evidentemente este es el sentido real de la declaración, pues en el versículo 18 leemos que Cristo aconseja al ángel de Laodicea que compre oro, vestiduras blancas y colirio. También en el versículo 19 leemos: “Yo reprendo y corrijo a todos los que amo, sé pues celoso y arrepíentete”. Luego el hecho de que Cristo está a la puerta (vers. 20) nos muestra claramente que el caso de los laodicenses no es desesperado y sin posibilidad de corrección. Por otro lado, la promesa otorgada a Laodicea nos deja entrever la posibilidad de su triunfo final. Cada iglesia en cada período eclesiástico tuvo sus dificultades y problemas específicos, pero también hubo vencedores. ¡Laodicea NO es la excepción! Los consejos y amonestaciones de los versos 17-21 no tendrían sentido si no hubiera esperanza para esta iglesia tibia.

Veamos algunas citas del Espíritu de Profecía que todo estudiante serio debiera considerar antes de emitir algún juicio sobre la Iglesia en el contexto del mensaje a Laodicea:

“He visto que no era el propósito del mensaje [a Laodicea] hacer que un hermano se erigiera como juez de su hermano para decirle qué debe hacer y hasta dónde debe ir, sino para que cada individuo escudriñe su propio corazón y se ocupe de su propia obra individual”.⁷

“Eliminad vuestra tendencia a ver los errores de los otros - esto está en el contexto del mensaje a Laodicea -. Enfocad vuestra atención en vuestros propios defectos. Vuestra justicia propia produce náuseas a nuestro Señor Jesucristo. [Los que hacen esto] son peores que los muertos en delitos y pecados. Escuchaban la Palabra, pero no la aplicaban así mismos; antes bien, aplican la Palabra hablada a sus prójimos”.⁸

“El consejo del Testigo verdadero está lleno de ánimo y consuelo [que pena que muchos no puedan verlo]. Las iglesias todavía pueden obtener el oro de la verdad, la fe y el amor y ser ricos en tesoros celestiales”.⁹

“Los laodicenses... no estaban enteramente ciegos, pues de lo contrario el colirio no hubiera servido de nada para restaurarles la vista y capacitarlos para discernir los verdaderos atributos de Cristo”.¹⁰

“El caso de los que son reprochados no es sin esperanza; no está más allá de los alcances del gran Mediador... el consejo del Testigo verdadero no presenta el caso de los que son tibios como si fuera desesperado. Todavía hay una oportunidad para remediar esa condición, y el mensaje

⁷ -----, *Comentario Bíblico Adventista 7-A*, p. 973, *las cursivas son nuestras*.

⁸ -----, *Manuscrito 108*, 1899; *Manuscrito 163a*, 1898.

⁹ -----, *Review and Herald*, 24-7-1888, *las cursivas son nuestras*.

¹⁰ -----, *Review and Herald*, 23-11-1897.

laodicense está lleno de ánimo, pues la iglesia reincidente todavía puede comprar el oro de la fe y el amor... Vi que este llamado a la iglesia de Laodicea afectará las almas".¹¹

¿Cómo es posible para un miembro o líder de la iglesia después de leer estos párrafos decir que la iglesia ha sido rechazada por Dios, a causa de su estado laodicense?

Se nos dice finalmente: "La iglesia debe brillar, y *brillará* 'hermosa como la luna, esclarecida como el sol, imponente como ejércitos en orden'..."¹² Pero observe cómo permanece la solemnidad del llamado de Cristo a la iglesia: "*Hay esperanza para nuestras iglesias* si prestan atención al mensaje dado a los laodicenses".¹³ Hay un precio a pagar, la humillación y el arrepentimiento. ¿Estamos dispuestos a pagar este precio? Entonces compremos sin dinero las mercancías espirituales que necesitamos.

Cortesía de: www.mensajesdeesperanza.net

* Este comentario constituye el capítulo 15 del libro *La Justicia de Dios Por Medio de la Fe*, págs. 128-139.

¹¹ -----, *Review and Herald*, 2-8-1894; *Carta 2*, 1851, *las cursivas son nuestras*.

¹² -----, *Carta 130*, 1902, *las cursivas son nuestras*.

¹³ -----, *Manuscrito 139*, 1903, *las cursivas son nuestras*.